

LIBROS

El joven Marx

La teoría de la revolución en el joven Marx, de Michael Lowy (Siglo XXI, Madrid, 1973), es, como ya sugiere su título, un estudio genético del pensamiento marxiano, desde una perspectiva similar a la del clásico libro de Auguste Cornu o a la de la más reciente obra del dellavolpiano Rossi. Por ello, la primera importancia del texto de Lowy proviene de que pro-

porciona un muy conveniente contrapunto a los estudios de la escuela althusseriana sobre el pensamiento de Marx entendido como sistema. En este sentido, Lowy parte de afirmar que en el curso de su estudio ha comprobado que el conocimiento de los marcos históricos y sociales del pensamiento de Marx resulta esencial para la comprensión de su evolución, de sus transformaciones,

sus saltos cualitativos, sus «rupturas».

Desde estas premisas, muy difícilmente discutibles, desarrolla Lowy su análisis de la evolución dentro del pensamiento marxiano —y posteriormente, dentro del pensamiento marxista— de una teoría de la revolución que se reduce en último término, lógicamente, a la teoría de las relaciones entre vanguardia y masas. El principal valor del análisis de Lowy, que convierte la lectura de su texto en algo absolutamente imprescindible, es la consideración de dichas relaciones entre vanguardia y masas, bajo el aspecto de una interacción dialéctica, ninguno de cuyos polos puede ser abolido o preterido sin imposibilitar la comprensión del verdadero desarrollo del problema.

Y es porque Marx entró en contacto con las luchas reales de la clase obrera por lo que consiguió superar la visión idealista de las relaciones entre vanguardia —filosofía— y masas, visión idealista que sería la característica de Kautsky y del Lenin anterior a 1905; Marx comprende ya en el momento de redactar el *Manifiesto*, que no se trata de que la filosofía «se apodere» del proletariado. «El partido de Marx no es el heredero del "salvador supremo" burgués y utopista. (...) Su papel no es el de obrar en lugar o "por encima" de la clase obrera, sino el de orientar a ésta hacia el camino de su autoliberación».

El problema es que este esquema propio del idealismo feuerbachiano (pensamiento activo, proletariado pasivo) y su contrario —e idéntico—, el espontaneísmo, autonomismo o como se prefiera llamarlo, subyacen aún en muchas concepciones de la historia y el cambio social.

■ LUDOLFO PARAMIO.

La mueca triste del desarrollo

La migración interior en España es uno de los fenómenos nacionales más característicos de este tercer cuarto de siglo. Y quizá la cara más fea, o al menos pregonada como tal, de un desarrollo que con cierto recato, por vergüenza ajena, se confiesa más económico que social o...

El gallego, en Erandio, Bilbao o Irún; el murciano y andaluz, en Sabadell y Tarrasa; Extremadura y Toledo, en Madrid, que para eso tenían ya las carreteras preparadas... la mano de obra siguió y sigue el único camino que quedaba. ¡Perdón!, queda y quedaba otro: una alternativa que le llevaba a Marsella, Hamburgo, París, Ginebra, Las Landas, igual que antes a Montevideo o Caracas.

Medir las características presentadas por este

fenómeno, y estudiar sus causas y consecuencias, ha quedado hasta ahora reducido a los lamentos de un presupuesto agujoneado por subvenciones al paro estacionario, o por los costes de un Instituto dedicado a alquilar o vender brazos del Sur para capitales del Norte.

Si la emigración y la inmigración, tanto nacional como internacionalmente, han sido y son problema que preocupa, incurrimos en un grave dislate al pretender enjuiciarlo o resolverlo desde prismas más económicos que humanos o sociales. El principal problema queda siempre al aire. Un aire que no es todo lo cálido que debiera ser, y que a veces sólo se intenta paliar al socaire de estadísticas de delincuencia apresuradamente confeccionadas y deficientemente explotadas.

Escribir sobre el tema explicando todo aquello que era y es menos cuantificable no era fácil en 1954 ni tampoco lo es ahora. Falta aún mucho y no son demasiadas las perspectivas que se abren de encontrar el camino adecuado. Ahí es donde Candel (1) apunta y dispara, consiguiendo al menos regulares dianas, y en buena medida lo que él mismo se propone.

Lo que le falta en profundidad no es sólo defecto, sino asimismo virtud. Es eso precisamente lo que le convierte en «best-seller», categoría que en este país no está en ningún modo reservada a correctas explicaciones científicas de ningún tipo. La función del escritor, del literato, que no la del sociólogo o antropólogo, queda cubierta con creces, incurriendo sin vacilación alguna en campos que otras disciplinas titubean en alcanzar.

¿O acaso es poca la tarea de reflejar esos comentarios de quienes ven cerrar su industria y escaparse las indem-

(1) Francisco Candel, *Immigrantes y trabajadores*. Editorial Planeta. Barcelona, 1972. 238 páginas.

nizaciones que al menos quieren paliar en parte las consecuencias?

La historia de un expediente de crisis en una empresa catalana poblada de andaluces, murcianos o gallegos es sin duda parte de la historia de nuestro país, si bien no sea la más importante porción que queda sin poder ser humada de los legajos, la memoria... o la comisaría.

Y la importancia de los desajustes socioculturales provocados por la reinserción laboral y humana en un mundo industrial tan distante del origen rural merecería mayores incursiones que las que hasta el momento se han llevado a cabo con mejor o peor fortuna. Cuanto más si a la primera fricción agro-urbe han de unirse variables regionales que en importancia pueden superar a las primeras.

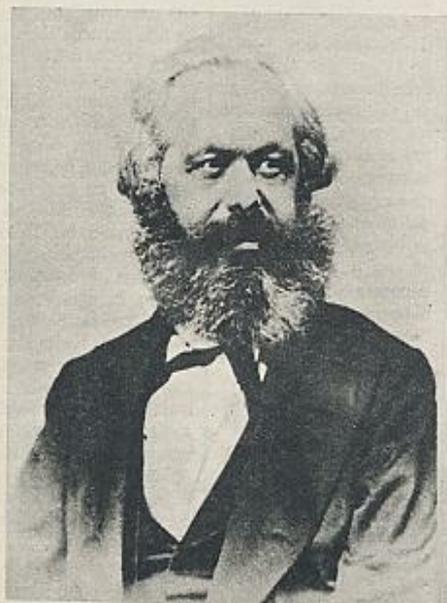
El desajuste no es sólo el planteado y esbozado, si quiera sea esbozado, entre la mano de obra nacional y las áreas industrializadas de Europa o América. Quizá la fenomenología surgida de los conflictos existentes entre los emigrantes españoles, italianos, yugoslavos o portugueses en Alemania, Francia, Holanda, etcétera, haya servido para presentar características internacionales y, por tanto, más explotables propagandísticamente. Pero lo cierto es que el conflicto se presenta con igual o mayor importancia en las grandes masas de agricultores, que abandonando sus medios tradicionales de obtener el producto se van desplazando hacia las zonas urbanas, donde el sector industrial y de servicios ofrece aún más cosas, además de unas mayores retribuciones.

El fenómeno no es de hoy, y mucho menos en Cataluña, pero sus características y consecuencias siguen sin conocerse. ¿O alguien podría decir cuál ha sido el verdadero coste que a nuestra sociedad le ha supuesto no sólo esos

desplazamientos, sino también las formas que históricamente han adoptado en su verificación?

Aquellos campesinos andaluces cuyo silencio sólo era roto en su sumisión por estridencias que alertaban a toda la sociedad española, no fue fácil domeñarlos por medio de cuerpos represivos más o menos eficientes, y tan sólo el despoblamiento y la ruptura de todos los entramados que sostenían su cuerpo social prestaron siquiera sea momentáneamente la calma que se les exigía, el silencio que se precisaba, al par que la mano de obra barata y complaciente que han prestado características propias al desarrollo económico de nuestro país.

Pero no todo es eterno, o al menos esa es nuestra esperanza, y los cambios y el reagrupamiento no deben tardar en producirse. Y en esa medida, el libro de Candel o, mejor dicho, toda su obra, de la que estos temas son parte importante y fundamental, viene a reflejar esos hoy tímidos todavía pasos, que señalan la creación de unas condiciones de desarrollo más auténtico, en forma de exigencia y reivindicación constante. Los años del «tranquilismo laboral» parecen llamados a desaparecer, y «els altres catalans» arrastraron con todo el coste que les imputaron, y con calma, despacio pero en forma que parece eficaz, pasaron a recomponer líneas. Desde las primeras obras de Candel, cuyos personajes ofrecían poca o ninguna salida a su propio «impassé» social, a estos otros, que en forma de Reader nos presenta, han pasado algunos años y unas importantes transformaciones cualitativas, que Candel, en la forma que acostumbra, llena de interés, aunque con lagunas importantes, nos pone al alcance, sin que sean muchos, por desgracia, quienes puedan mejorar su material ni la calidad de ese realismo candeliano, mita d



LITERATURA
ESPAÑOLA
CONTEMPORANEA

Gonzalo Torrente
Ballester

Premio de la Crítica
1973

Los gozos y las sombras

** 308

1. El señor llega

*** 372

2. Donde da la vuelta
el aire

** 409

3. La Pascua triste

Ignacio Aldecoa
** 437 ** 436

Cuentos completos, I, II

Max Aub
302

Las buenas intenciones

Francisco Ayala
156

Muertes de perro

229

El fondo del vaso

Miguel Delibes
164

Viejas historias
de Castilla la Vieja

233

La mortaja

418

La caza en España

Carmen Martín Gaité
140

El balneario

Ramón J. Sender
135

Mr. Witt en el cantón

** 316

Crónica del alba, 1

** 317

Crónica del alba, 2

** 318

Crónica del alba, 3

ARTE • LETRAS • ESPE

de ayer, mitad de hoy, y que sin dudar es fuente principal en el estudio del problema. ■ J. M. A.

«Yerma», ahora

El montaje de «Yerma» por la compañía Nuria Espert, bajo la dirección de Víctor García, con las ya conocidas y polemizadas particularidades, ha dado a este texto de García Lorca una renacida actualidad. No es, pues, nada sorprendente que la prestigiosa colección «Voz e Imagen» haya dedicado a dicha obra su número veinte. Un prólogo intenta establecer las coordenadas genera-

les en la Comedia, señalábamos la importancia del tema. Don Miguel hablaba de «dramas no teatrales», y García Lorca habla de «poemas». En realidad son dos maneras de decir que sus obras no se ajustan ni formal ni ideológicamente a la carpintería y al pensamiento benaventinos, tomados como modelos de la «teatralidad».

Desde esta perspectiva, el montaje de Víctor García habría de ser contemplado como una posible respuesta a la exigencia antinaturalista de Lorca, a su particular y muy sensible concepción de la realidad campesina andaluza. Aclarar los supuestos sociales de la tragedia —la «esterilidad»

queda» que hay en la propuesta de Lorca— el cotejarlo con una especie de preestablecido sistema de «lorquicidad». Es el espectáculo «Yerma» —ya es hora que nuestro teatro deje de ser la ilustración repetida de un texto!— lo que ahora se ha puesto en cuestión, y a intervenir en el debate tiende la publicación por Aymá de la obra y de un prólogo dedicado a sus montajes.

Dentro de un teatro tan escasamente imaginativo como el nuestro, tan cargado de intimidades establecidas y espontáneas —parece que debiéramos saber aún lo que distingue una crítica de una censura—, tan temeroso ante todo lo que no sea repetir lo sabido o ratificar lo predicado, la «Yerma» constituye uno de los acontecimientos más saludables que uno recuerda. Aunque Cossío pueda escribir que Lorca no es así, que el teatro debe hacerse en la caja de los escenarios, con los actores dando siempre la cara a los espectadores, o Fabiá Puigcerver, coescenógrafo del montaje, alegue que la famosa lona se utiliza con un criterio más decorativo, más naturalista que poético. Ese, si bien se mira, por ingenio que parezca, es un debate al que aquí —siempre pendientes de los textos y de las primeras figuras— no estábamos acostumbrados. Como no lo estamos a esa media docena escasa de espectáculos que cada año, gracias a la posición creadora y arriesgada de sus directores, conmueven e indignan a las ortodoxias.

Tiempo vendrá, si es que alguna vez es tiempo para eso, de repasar los manuales. Ahora importa crear hechos teatrales vivos, que atraigan al público, que lo apasionen, que lo conviertan en cocreador y que le obliguen a tomar partido. Y esta «Yerma», cuyo texto acaba de reeditarse por enésima vez, entra en esa lista.

Considerando las tres «Yermas» montadas en

la escena española, uno bien quisiera darles un valor significativo. Atrás quedaría el estreno por la Xirgu, siempre recordado emocionadamente por quienes lo vieron. Luego —entre suspicacias de la Administración— vendría ya el estreno respetuoso y sólido de Escobar en su Eslava. Ahora, la propuesta abierta, polémica, imaginativa, imposible de meter en un libro, por más que el de Aymá trate, a través de las fotografías y la introducción, dar una amplia referencia. La literatura dramática se nos hace teatro. ■ JOSE MONLEON.

El hombre y las islas

El morrocuyo es un galápago con el caparcho muy convexo, rugoso, de color oscuro y con cuadros amarillos. Es una pequeña tortuga. «La canción del morrocuyo» es el título de una novela del escritor tinerfeño Alberto Omar, que había leído hace ya tiempo y que he repasado ahora en que se ha presentado en Madrid y Barcelona a escala nacional, editada por Inventarios Provisionales de Las Palmas y distribuida en la Península por Barral. En la novela de Omar se aprecia una ironía delicada, un tratamiento literario del absurdo desde una vivencialidad muy canaria en la que confluyen el estrambótico ditirambo y el amor entrañable por lo pequeño.

Al hilo de la lectura de «La canción del morrocuyo» he pensado en la necesidad y el interés de un análisis sistemático de la peculiar psicología del hombre canario, que habría de abordarse con los más finos instrumentos conceptuales de la más reciente antropología cultural. Pienso que en este arduo empeño podrá aportar ayuda y datos sustanciosos el estudio analítico de la literatura, poderoso y revelador instrumento expresivo.

La idea no es nueva ni mía. Hace ya veinte



les en que habría de situarse cualquier polémica sobre la significación sociopolítica del drama y sobre las vías de su puesta en escena. El quid de la cuestión estaría en que si García Lorca calificó «Yerma» de «poema», no fue porque rehuyera el concepto de «teatro», sino por rechazar los cánones establecidos de la «teatralidad». Semanas atrás, con motivo del estreno de «Fedra», de Unamu-

de Yerma no es un «fatum», sino algo fraguado por las relaciones del mundo social abordado— es importante; tanto como trascenderlas, como crear una percepción de las mismas que no se quede en el documento sociológico. El poema de Víctor García, sobre el poema de García Lorca, responde, me parece, a eso, viniendo a ser ridículo —y sustancialmente contrario al espíritu de «bús-